

Semblanza

de un Maestro: Azorín

Al Profesor Humberto Parodi Alfister

José Martínez Ruíz, más conocido por Azorín, es el último representante vivo de la famosa y celebrada Generación del 98 español. De todos los que la integraron es el que más me agrada y siempre me ha atraído. Ejerce sobre mí una especie de fascinación. Dueño de una expresión llena de sentido plástico, posee la magia de saber crear verbos y distribuir adjetivos con una tal precisión y elegancia que su prosa encanta, subyuga, penetra por los ojos a la vez que se le oye y se le siente. Paisajes, personajes y tipos de España pasan por sus libros. De los primeros, principalmente el de Castilla y el de Levante; de los segundos, los grandes de la literatura de los Siglos de Oro; los terceros son producto de su agudeza de observación y de su sentido psicológico. Amante del detalle, en numerosísimas páginas suyas se encuentran con facilidad muestras de su exquisita sensibilidad de pintor. Miniaturista muchas veces; más todavía, con la maestría que tiene al barajar verbos y adjetivos, crea imágenes que impresionan a todos los sentidos: gusto, olfato y oído, y muchas veces al tacto mismo. "Anochece. Se oye el traqueteo persistente de un carro; tintinea a intervalos una esquila. El cielo está pálido; la negrura ha ascendido de los barrancos a las cumbres, los bancales, las viñas, los almendros se confunden en una mancha informe. Destacan indecisos los bosquecillos de pinos en las laderas. La laguna desaparece borrosa. Y vibra una canción lejana que sube, baja, ondula, plañe, ríe, calla..."

Siendo españolísimo, pues ha sentido y trascendido como pocos el ser de su nacionalidad, tiene siempre un estupendo sentido de modernidad y de cosmopolitismo en el vivir cotidiano. Un amable cronista de España nos contaba hace pocos años -tres a lo sumo- cómo habiendo traspuesto ya los ochenta, iba cada día al cine aunque ninguna película le satisfacía en realidad. Un visitante suyo de hace casi cuarenta años -Agustín Basave, 1922- nos dice que "en vez de la mansión solariega, de techo saledizo y desconchadas piedras me encontré con uno de tantos "apartaments" de que Madrid, como cualquier otra capital se estaba ya llenando".- "Una "maid" de albo mandil de encaje -oh Maritornes! qué lejos estás de tu rubia hermana!- salió a la puerta al conjuro de un timbre". De un timbre... de un timbre eléctrico en casa de Azorín: él que tanto amor ha traslucido siempre por las campanas; él que ha sabido inventar los verbos más apropiados a los tañidos diferentes de las diferentes campanas, según la calidad y función de ellas, desde la de esquila hasta la catedralicia.

A través de los años, cuantas veces nos acerquemos a la obra de Azorín, podremos comprobar la calidad de su prosa, que por más de medio siglo mantiene su frescura por el uso de giros y vocablos de sostenida vigencia. Con esa prosa suya la narración alcanza tal movilidad que logra auténtica secuencia de cinematografía: "Allá, por aquellas lomas redondas que se recortan sobre el cielo azul, en los confines del horizonte, ha aparecido una manchita negra; se remueve, avanza, se levanta una nubecilla de polvo. Un coche enorme, pesado, ruidoso es; todos los días a esta hora, surge en aquellas colinas, desciende por las suaves laderas, cruzala vega y entra en la ciudad". Eso se llama sentido de la narración, dominio de expresión y muestra de movimiento.

Maestro en ensayos de evocación histórica, en los cuales enlaza en no más de tres cuartillas cuatrocientos años de evolución social, como en "Una ciudad y un balcón", teniendo como motivo e instrumento un paisaje castellano y la maravilla de su prosa. Azorín nos lleva de la mano, amablemente, con un suave tono melancólico, diciéndonos cuál ha sido la transformación del mundo hispánico y cómo a través de tantas trasmutaciones, se conservará siempre incólume el hombre que piensa y siente en humano más que en máquina y cifras.

Y porque él sabe tanto de lo que es un estilo literario, porque él lo posee, y es dueño de uno muy pulcro, muy rico y muy suyo, hay que oír lo que al respecto tiene escrito: "Hay cada ocho, cada diez, cada veinte años un nuevo tipo de escritor que representa las aspiraciones y los gustos comunes. No hay más que abrir una colección de periódicos para verlo claramente. La sintaxis, la adjetivación, la analogía, hasta la misma puntuación cambian en breve espacio de tiempo... Un cronista no puede ser 'brillante' más de diez años...y

es mucho. Después queda anticuado, desorientado. Otros jóvenes vienen con otros adjetivos, con otras metáforas, con otras paradojas... y el antiguo cronista muere para el presente y para la posteridad... ¿Quién era Selgas? ¿Quién era Castro y Serrano?... Yo veo que hay dos cosas en literatura: la novedad y la originalidad. La novedad está en la forma, en la facilidad, en el ardimiento, en la elegancia del estilo. La originalidad es cosa más honda: está en algo indefinible, en un secreto encanto de la idea, en una idealidad sugestiva y misteriosa... Los escritores nuevos son los más populares; los originales rara vez alcanzan la popularidad en vida... pero pasan, pasan indefectiblemente a la posteridad. Y es que sólo puede ser popular lo artificioso, lo ingenioso, y los escritores originales son todos sencillos, claros, desaliñados casi... porque sienten mucho". He ahí una breve pero jugosa lección de un gran maestro de la prosa castellana que se llama Azorín, quien en otra parte añade: "Se ha dicho ya -y se ha dicho por un gran filósofo y estilista- el verdadero, definitivo, supremo estilo será aquel que con menos palabras y menos imágenes diga más clara y precisamente las cosas".



José Martínez Ruiz "Azorín"

Y estas cosas que dice las pone por obra. Cuando en oportunidades ha de nombrar a Cervantes le dice Miguel, sin pedantería, con familiaridad que nace del derecho de su propia calidad.

Siendo un hombre de la Generación del 98, o sea, la que enterró al Romanticismo en España y descubrió al mundo hispanohablante, junto con el Modernismo americano, una forma nueva, un gusto distinto y unos valores diferentes, a través de las páginas de Azorín emana un suave perfume romántico -no de escuela, sino de espíritu, el eterno, porque: "El reino del mundo está en el Espíritu. Por encima de todo, esta profesión de los dos Luises - se refiere a la literatura y a Luis de Luis de León y Luis de Granada- es la suprema enseñanza. Hay algo más que la materia y el goce bárbaro. Hombres de letras, artistas literarios, enamorados de nuestro arte, corroboremos nuestros íntimos sentimientos en la vida de estos dos grandes laboradores. 'El rincón usado se hace dulce y el poco usado causa fastidio', se lee en la Imitación de Cristo, traducida por Granada. Desde las cuatro paredes de nuestro cuartito de trabajo -oh, Camaradas!-, desde las cuatro paredes tan queridas, pensemos que el Porvenir y la Humanidad es de nosotros, y no de los locos gozadores del mundo. Tengamos fe en nuestra obra. La idea manda la materia. Y por encima de un concepto bestial de civilización - vertiginosidad, máquinas, fábricas- pongamos la delicadeza, la bondad, el sentido de la Justicia, el amor. Pongamos el Espíritu".

Quizás dentro de las diversas actividades literarias ninguna supere al periodismo en lo que se refiere a atracción y por tanto a desgaste de quienes lo cultivan. Es una labor arduamente exigente, inquietante, a ratos esclavizante, interesante por su constante fluir, un poco deslumbradora por el diario contacto con la opinión pública, pero también terriblemente fugaz. Acerca de los fulgores y caducidad del periodismo, Azorín apunta: "Decía el maestro que nada hay más desolador que una colección de periódicos. Y es cierto. En ella parece como que quedan momificados los instantes fugitivos de una emoción, como que cristaliza este breve término de una alegría o de una amargura, este breve término que es toda la vida!... Además se ve en las viejas páginas cómo son ridículas muchas cosas que juzgamos sublimes, cómo muchos de nuestros fervorosos entusiasmos son cómicas gesticulaciones, cómo han envejecido en diez o doce años escritores, artistas, hombres de multitudes que creíamos fuertes y eternos".

En realidad nada puede hablarnos con mayor propiedad de los cambios que se operan en la vida de los hombres, de los países, del mundo, de la humanidad que el periodismo. Cómo cambia la sensibilidad, el gusto por las cosas, la vida misma. Y Azorín al discursar sobre la evolución de la sensibilidad nos dice: "Las cosas que hacían

reír y sonreír hace tres, seis o diez siglos no son las mismas que ahora provocan la carcajada o suscitan la sonrisa. La marcha de un pueblo está marcada en los libros de los humoristas. Paralelamente a la sonrisa evoluciona la angustia y la congoja ante el dolor. Muchas cosas que antes dejaban indiferentes a los hombres nos apenan y angustian ahora; mañana, es decir, dentro de un siglo, de dos siglos cosas y espectáculos ahora corrientes habrán desaparecido y su recuerdo llenará de horror a quienes lo evoquen".

De ese modo, con esos conceptos de vigencia perenne habla Azorín. Por ello es por lo que aun hoy, pese a todas las modas literarias, a todas las escuelas y formas que hayan podido aparecer después de su Generación -la del 98-, a sus ochenta y ocho años de edad, sigue siendo un escritor al día. Por la calidad de su prosa y la buidez y verdad de su pensamiento. Un gran escritor de habla castellana al que siempre hay que volver los ojos.